

Dalia Rosetti: “Escribí sobre mí”

Silvio Mattoni

UNC/CONICET

Resumen

En la reciente novela de Dalia Rosetti, *Dame pelota* (2009), la narradora, que tiene el nombre de la autora –lo que ya se conoce como una construcción y un simulacro–, es una jugadora de fútbol *amateur* que recorre un mundo alucinante de villas miserias feministas, cumbias lesbianas, y termina huyendo de las impresiones y presiones del erotismo que la rodea a través de un túnel y de la mano de un ratón que la miniaturiza y la embaraza. ¿Un destino femenino acaso? Desde las toallitas íntimas que dan comienzo a la novela hasta la maternidad casi necesaria al final, los hitos de la narración parecieran indicarlo, salvo que en un sentido trastocado. Como si el lesbianismo de los personajes fuera el signo de una novela al revés: de la experiencia inmediata, de la ansiedad real, no de la memoria. Rosetti, esa voz deslumbrante e imposible de abandonar que llamamos Rosetti, no escribe una obra sino que nos habla y canta en el presente del delirio, del puro acontecimiento de un deseo. Su potencia de seducción es inversamente proporcional a su carga de representación. Novela porque sí, sin nada reivindicativo, sin reflexión, un don y una oferta gratuitos que intentaremos leer en las facetas de su estilo “brillante”.

Hay libros que nos enfrentan con la evidencia de que el único fin de la literatura es seducir. Al leerlos, con una fruición que no quiere detenerse, no es posible adjudicarles algún saber, ni un desplazamiento crítico de los estereotipos ni una retórica que resulte persuasiva. El valor de lo que leemos, entonces, reside en esa potencia de seducción y nada más. Pero resulta que la seducción surge de una voz imaginaria, que modula la lengua hasta hacerla cantar. La poesía sería, habitualmente, como el grado cero de esa acción seductora, como si no aludiera a ningún conocimiento, como si no imitara nada y no tuviera ningún mensaje. Las novelas, en cambio, suelen disfrazarse con elementos, citas de diverso origen, y sobre todo parece que simularan un mundo, un modo de existencia. Sin embargo, las novelas que más seducen hacen cantar el cuento novelesco. “Novelas líricas” sería el oxímoron que definiría esas voces, que no construyen una arquitectura narrativa sino a través de los ecos que rebotan contra los límites de todo libro.

Hace un tiempo, un crítico perspicaz declaró: “no me gustan las novelas de poetas”, quizá dando a entender que eran productos híbridos, desordenados tal vez por la costumbre del escritor lírico de obedecer a dictados ocasionales. En todo caso, mirando la biblioteca y recordando las lecturas más seductoras, esas que hacen amar la literatura, no hay en la lista más que novelas de poetas.

Dalia Rosetti, por cierto, es solo novelista, pero es también el otro nombre de una poeta y artista que a su vez no se esconde detrás de la máscara. El personaje de Dalia Rosetti suele llamarse Dalia, aunque su edad, ocupación, aspecto varían de relato en relato. ¿Tiene sentido preguntarse por el cuerpo y la identidad más allá del personaje y el seudónimo? ¿No será que tal vez toda novela se narra desde el pseudo-nombre de un punto de vista, un testigo, un actor? La antigua mirada omnisciente que nos contaba un pasado de lujosos detalles refrendaba la firma y su maquinaria, que diseñaban un ojo y un oído excesivamente agudos. Ahora, la primera persona indica que a un cuerpo le pasan cosas y ahí se concentra el interés, nuestra morbosa fascinación por las vidas particulares. Aunque siempre se trate de vidas falsas, hechas con la materia del lenguaje, la seducción

consiste en aceptar lo vital de esas narraciones, darles el aval de la autenticidad. El gesto seductor se acentúa debido a que no solo leemos al testigo, su cuerpo, su modo de ver, sino que también el tiempo se ha detenido. En una vieja novela en primera persona, la diferencia entre el yo del presente, que cuenta la historia de su vida, y el yo del pasado, que actúa en esa historia, da lugar a toda clase de ironías, composiciones y modulaciones que eran el juego central de la materia novelesca. De la voz filosófica, melancólica que recupera el tiempo, al inquieto y ansioso niño lector que se acostaba muy temprano hay más distancia que entre la lágrima del ángel y la risa del perro, podríamos decir parafraseando a un gran poeta.

En Rosetti, como en su primo cercano Washington Cucurto, la relación con el tiempo presente resulta inaugural. A medida que se narra van pasando las cosas, y en verdad las cosas suceden, surgen y entran en movimiento porque se empezó a contarlas. Así, la primera palabra de la novela *Dame pelota* de Rosetti es el adverbio “hoy”. Toda la narración se atendrá a ese presente, como si fuese una forma primitiva del relato, una especie salvaje del llamado presente histórico; pero su eficacia consiste en que a cada momento todo podría interrumpirse, del mismo modo que prosigue. Las aventuras siguen y se encadenan, o se bifurcan y algunas se dejan de lado, pero el horizonte no se constituye como el momento en que se cuenta y se recuenta el pasado. De todos modos, la novela tiene un final, una resolución casi mágica, catastrófica, que trastoca lo que sabemos de la heroína, aunque su mismo advenimiento en otro plano, en un grado mayor de irrealidad señalaría que solo se trata de un final de novela. Como si la voz que seduce dijera: “Esto es mi vida, y más, y otra cosa, y al final, si quieren que haya un final, es casi una novela.”

Por otra parte, *Dame pelota* tiene un efecto real, pero sería difícil atribuirle una vocación realista. Es decir: la protagonista juega al fútbol, se enamora de otra jugadora, se muda a una villa donde casi todos los habitantes son lesbianas o travestis, desencadena múltiples episodios eróticos con la ingenuidad de una belleza física que solo algunos otros ven, termina escapándose de ese torbellino de deseos desordenados y de los compromisos del amor a través de un túnel fantástico, donde la introduce un ratón que la miniaturiza y luego la embaraza, etc., etc... Y sin embargo, el grado de certidumbre sobre la existencia de ese mundo se apoya en diversos detalles, trasladados como cosas hechas y encontradas al paisaje acelerado de la experiencia íntima de Dalia, arquera de Independiente, de 23 años, que “menstrúa cada 26 o 32 días y es normal”, como dice el subtítulo en la portada. Rosetti encuentra cosas hechas, ya listas para el libro, como las publicidades de toallitas femeninas que pueden ser, en la novela, su epifanía o su devenir lírico. O una sonrisa que no se desenvuelve, que se divierte tácitamente y hace de los adjetivos una explosión de reacciones íntimas, tal como Dalia, el personaje, cuando describe los cuadros pintados por otra chica futbolista y artista: “Caras de payaso, soles tristes atardecidos y deformados por el horizonte, flores confundidas, abstracciones eufóricas con palitos de fósforos y tonos lilas.” (Rosetti, 2009) Aunque casi todo el tiempo leemos lo que pasa, sin descripciones, pura charla y puro vértigo de acontecimientos, *Dame pelota* piensa y habla sobre el pensamiento del pensamiento. ¿Qué otra cosa significa su título, que interpela un vacío? Como el libro anterior de Rosetti, titulado *Me encantaría que gustes de mí* (Rosetti, 2006), incluye una teoría de la seducción, que por momentos se concentra en un llamado a cada otro en su ser singular. No pide un público, sino una respuesta erótica, es decir, de un solo cuerpo, o al menos uno por vez.

“Para qué pienso lo que pienso es la pregunta que siempre me hago y que no me vendría nada mal contestarme. ¿O no es necesario saber para qué una piensa? ¿O es realmente pensamiento esa voz silenciosa que escucho con los oídos invertidos? Pensar debería ser como coger.” Por lo tanto, pensar no es obedecer a una voz, que susurra en el interior del oído sus proyectos, sus objetivos, sino antes bien un acto, el acto por excelencia. Pensar es hacer cosas con el cuerpo sin un para qué, sin finalidad predeterminada. Pensar es acaso escribir en una hoja mental el roce de otro cuerpo, dos o más cuerpos compuestos y que aumentan su efecto sobre el espacio

de lo posible. Así, el erotismo acelerado de la protagonista no solo la hace pensar, o sea moverse más, sino que le inspira las lecciones del ejemplo, sus poemas “femeninos” para chicas en busca de una felicidad específica, no premeditada, no sometida a un interés ajeno a la misma dicha. El poema aparece en medio de la novela como la forma pasajera de una felicidad en el lenguaje, que piensa con tal intensidad que simula ser la completa ausencia de todo pensamiento; un tiempo tan entregado al deleite que adquiere la apariencia del tiempo perdido. Una amiga le lee a su amiga y amante “el poema del partido feminista”, que elogia el tiempo perdido, lo no interesante, la pasividad o simulacro de no parecer inteligente, para ser así dejada de lado, cito, “en el lado de la vida dejado de lado por la productividad”. Pero sucede que lo productivo, la acción que tiende a fines en un proyecto determinado, son el lado menos abundante de la vida. Su zona se adelgaza tanto que en el mundo de la novela es un lado inexistente, que apenas se menciona en forma de noticias exóticas: noticias del trabajo, el suelo, el comercio y el robo. Las artistas futbolistas son amateurs, aman lo que hacen; como las poetisas novelistas que simulan ser tontas para no caer en las trampas de lo productivo.

Del otro lado está todo, según dice el poema feminista: “El fabuloso lado donde se halla todo lo ingobernable,/ todo lo inaprensible,/ como la vida y la muerte,/ el tiempo, el amor, lo misterioso,/ la belleza, lo intuitivo,/ el universo (con todo lo contenido en él),/ lo simple, lo sin importancia.../ entre otras ‘cosas.’” Y el poema entrecomilla la palabra “cosas” porque el lado improductivo que tiene que elegir a cada instante no hace cosas con palabras, no realiza productos, no sabe hacer nada, solo seduce y detiene el tiempo de toda circulación; en su campo magnético las palabras son cosas, los productos son palabras y objetos gratuitos, inútiles, de belleza efímera y brillante, la ignorancia se torna inconsciencia de unas habilidades inexplicables, que funcionan solas, como el pensamiento de la pura nada, como el goce de un cuerpo que se encuentra a sí mismo en el contacto de lo desconocido.

La misma división sexual, tan productiva para el funcionamiento social, como bien saben los antropólogos de las más diversas tribus, se desactiva por momentos en la novela. Un nombre de varón designa a una chica que ama a las mujeres. La mujer que se hace un nombre como tal se dedica a la construcción de un aspecto, cuya máxima femineidad esconde un origen masculino. Finalmente, el ratón que embaraza a la protagonista, en su fuga de un mundo donde sus amantes no quieren ni pueden darle un hijo, lleva a un plano irreal, casi religioso, el final de las metamorfosis sexuales y de los coitos que las ocasionan.

Como en una tragedia de Eurípides o una novelita de César Aira, una diosa gigantesca y cambiante desarma el universo para que todo pueda empezar de nuevo. ¿Qué clase de realidad hace posible un libro como *Dame pelota*? Los grupos de cumbia, los equipos de fútbol, los barrios y villas miserias tienen los mismos nombres que en ese ámbito de sensaciones, palabras y huellas que podríamos suponer “real”. Pero quizá lo más real de ese mundo exterior al libro sea lo que no puede sentirse ni decirse ni descifrarse. Lo real no tiene representación porque es el fin de toda representación. No es la muerte representada, sino la ominosa certeza de la muerte realizada: el vacío en el corazón de las palabras. De allí que ante el asesinato de un poeta llamado Rubio, por insolente y descuidado, por exceso de conversación, a manos de una patota de lesbianas mafiosas, la realidad festiva de la novela, sexualizada y musicalizada, se oscurezca. Rosetti transcribe, al dictado del pensamiento del presente: “La realidad es cruda, crudísima y horrible. La realidad o esto que me pasa que no sé qué es.”

El ser del personaje, ese simulacro blando de la subjetividad que titila y late en toda novela legible, tiene más consistencia que el friso del fondo contra el que se destaca. En viejos términos románticos, la poesía del corazón es más real que la prosa de las relaciones sociales. Con una muerte cualquiera, farsesca, el mundo se torna negro. Nuestra heroína pregunta: “¿Cómo puede ser eso?” Y se contesta:

La locura va por caminos no pavimentados ni armados por el hombre por eso ella es la locura, atraviesa los sentimientos y los pensamientos como las pelusas atraviesan las calles, por cualquier lado. Y entonces... la licuación enloquecida de mis emociones, con mis pensamientos y mis sentidos hacen que a las hermosas calles de mi barrio las vea como hostiles laberintos subterráneos. El cielo parece de goma negra. Y las estrellas, pequeños agujeritos hechos con un alfiler por donde atraviesa una tenue luz en vías de agotarse. Los caminos que solo me llevaban a la felicidad ahora no sé adónde me llevan y me pierdo, porque la única realidad que sé reconocer es la de las emociones. (Rosetti, 2009: 123)

Esto podría traducirse así: lo real se asienta en el reconocimiento de un hilo que une al yo con su propia pérdida, al pensamiento con la emoción ignorada que empuja a pensar. Lo real se esconde tras el reconocimiento de ese lazo entre las palabras de alguien, que las repite una y otra vez, modulándolas, tratando de que canten, y las imágenes de las cosas, las percepciones que hacen pensar, los simulacros que en otros tiempos recibían el nombre de ideas.

El mundo supuestamente real solo adquiere consistencia en esa orientación de un yo que habla guiado por la estrella remota y desconocida de imágenes que lo emocionan. A Dalia la emocionan el amor, la poesía, los cuerpos en movimiento constante, los lujos que resplandecen hasta en el más pobre de los paisajes urbanos; y como en el párrafo que cité, la muerte, el eclipse de una estrella absorbida por la goma negra del cielo. Contra esa oscuridad, el mundo debería acompañar al deseo, perderse en su muerte debería ser encontrarse, la mágica aparición de otra vida. Quizá sea el sentido final, alegórico, de la aparición súbita en las últimas páginas de una hijita de la heroína, que quiere reanudar o repetir su destino heroico cuando la madre ya lo ha olvidado. ¿En qué consistió ese heroísmo, esa pureza del presente que agitaba todo el caleidoscopio fanstasmático de las sensaciones? Era convertir el deseo en más real que los simulacros realistas de la realidad, con perdón del retruécano fácil.

El relato explicado de Dalia escenificaba su deseo, su exhibicionismo, cito: “Que me siento ahogada, que tengo calor, que me quema la remera pegada al cuerpo. Que no puedo respirar en un mundo que no puede transformarse en mis deseos. ¿Para qué quiero un mundo que no me acompaña?” El mundo que acompañe sería uno que perdiera su unidad, disperso, cuyos fragmentos pudieran hilvanarse en varios órdenes, entre la voz, el cuerpo y las ideas. Un mundo sin la goma que lo envuelve, flotando en un espacio vacío, infinito, a la vez terrible y fascinante. Un mundo donde el sexo no se dividiera, donde la pobreza no entristeciera, donde cada nudo de emociones, con su nombre propio, su belleza, digamos, fuera el centro de la única novela real: la vida que cada quien se cuenta en su búsqueda de lo imposible, la narración de una felicidad y los espacios blancos entre capítulos de angustia sin palabras.

“Liberenmé!”, grita Dalia en un momento, pero es casi un contrasentido con respecto a ciertas célebres liberaciones enfáticas y prometidas en el siglo pasado. ¿Acaso pide liberarse de la apariencia del pensamiento, del dominio de la inteligencia, de los prejuicios de una supuesta sensibilidad? Pero esa clase de liberación no se realiza simplemente viviendo ni reclamando, sino tal vez escribiendo, es decir, pensando para romper la cadena del pensamiento que ata al yo con un orden separado del cuerpo, su placer y su dolor, su muerte y su reproducción. “Pensar”, le dice la protagonista a su amante circunstancial, “porque aunque parezca que no pienso, pienso”.

Pero se trataría de un pensamiento para la ocasión, no de un método que pudiera servir separadamente del lugar, su aquí, y del tiempo, su ahora. Cucurto, en la contratapa de *Dame pelota*, desglosa este pensamiento ocasional, o situacional, si se quiere, que impulsa la escritura de Rosetti, en dos aspectos: el poder de la circunstancia y la espontaneidad de la circunstancia. O sea: lo que está alrededor de la voz que cuenta es lo que hace hablar, es su potencia narrativa; y por otro lado, lo que está alrededor es casual, es algo encontrado y que produce hallazgos a cada paso. Una vez que la novela dijo: “hoy”, la circunstancia empieza a ejercer su potencia y a desenvolver

su catálogo de hallazgos, su arsenal de posibilidades. La circunstancia inicial –la narradora que juega al fútbol en Independiente y que está menstruando justo cuando tiene que jugar contra Boca– desata un sinnúmero de hallazgos y la obediencia a ese arranque impone también su fascinación al lector. *Dame pelota* le dice al que lee: “queréme”, nunca: “admiráme”.

Todo el equipo de chicas, que pasan tanto tiempo juntas, menstrúa a la vez. Y en la arenga antes del partido, la directora técnica exclama: “¡Hoy más rojas que nunca no podemos perder!” ¿Acaso este inocente doble sentido busca una sonrisa? Tal vez únicamente el reconocimiento de su escritura circunstancial, de su estar pensando. Podríamos creer incluso que la elección del club, Independiente, dice algo sobre el personaje de Dalia, su deseo nómada, su falta de lazos duraderos, o incluso sobre la autora escondida en ese nombre que fundó una editorial “independiente”. Sería quizás pensar demasiado lejos, pero toda la novela cabalga, y al galope, sobre el pensamiento de lo posible, entre lo real y el sueño, entre el goce físico y las imágenes del amor, entre el orgasmo y la reproducción de la especie. Una vez que la pelota empieza a rodar, cuando la novela dice “hoy”, el resultado al mismo tiempo es impredecible y tiene algo de predestinado. Porque aquello que rueda está compuesto de lenguaje, es la riqueza misma de un lenguaje que expresa el conjunto escaso de las emociones y sensaciones, el orden del cuerpo, con una variación inaudita. “Donde hay poco sabemos ponerle muchos nombres a la misma cosa”, piensa Dalia cuando describe el lujo de la lengua que contrarresta la pobreza de los objetos. El mundo que sigue la orientación del deseo es un mundo envuelto en palabras, como señales indicadoras de una cosa a la que nunca se accede. En *Dame pelota*, las palabras y el sexo revolotean en torno al amor, que es pura circunstancia pero también es la prueba sensible del destino.

Por eso importa la larga carta de amor con que Dalia se despide de su novia, por llamarla de alguna manera. Una circunstancia las unió, otra las separa; el fútbol en un caso, la división sexual en el otro. La novia, número diez de Boca, que vive en Villa Fiorito, adonde se muda Dalia deslumbrada por esa nueva Belén que está como atravesada de milagros y nacimientos, le dice lo imposible: “...Dalia no puedo tener un bebé con vos. Porque soy mujer y no tengo la semillita. Dalia... ¡Por Dios, no me hagás explicarte cómo se hace un bebé! –Pero... pero... peroooooo. Entonces... yo siento que no me querés lo suficiente.” La inmediatez, o el efecto de inmediatez de este tipo de diálogos, no se retacea nunca en la novela, pero lo trivial, lo audible, lo ingenuo encuentran en esas voces un matiz irreproducible. Como si dijéramos que el mundo regular y predeterminado usa la lengua para comunicar, para saber algo, y estas charlas, micronoticias en el interior de la gran charla de Dalia que es su novela, produjeran un placer del oír hablar, comunión o comunidad antes que comunicación, búsqueda de la alegría antes que saber. Todo sueño, hasta tener un hijo de la nada, hecho de pura concepción amorosa, sería posible en la medida en que las palabras lleguen a expresarlo como deseo. Pero las circunstancias –la dedicación profesional de la novia, por ejemplo, o su reinado en la villa– le imponen al deseo un género en el magma volcánico de las palabras, algo que se fija después de la erupción, como la carta de un amor que se termina, que anuncia además el fin de la novela de amor y su desenlace fantástico. La carta, como dicta el género, transforma su objeto inasible, su idea del amor, en huella, voto de ser indeleble para que la felicidad pasada no pase del todo: “... en miles de millones de años no me olvidarás. Porque no se trata de tiempo. Se trata de haber dejado una ventana abierta. Y por esa ventana entrará el recuerdo de mi persona. Bañará todos los objetos que yo toqué, bañará cada parte de tu cuerpo que yo besé.” Y sigue hasta prometer una encarnación microscópica en el interior del cuerpo que ya no se volverá a tocar. Pero el presente, que es igual para todos, al mismo tiempo que alucina un futuro improbable, va haciendo desaparecer el pasado. Dalia se va a olvidar de todo y de repente, en contra de la aparición de una exótica diosa que le niega el sueño de un niño propio, se encontrará en otro lugar, lejanísimo, hablando con una hija que, nuevamente, con la identidad exacta de todo lo nuevo, dice que quiere ser futbolista.

En el presente, la nostalgia del pasado va perdiendo intensidad por obra del olvido, se vuelve nostalgia de algo no recordado, debilitado o exagerado por ese velo del tiempo. Pero también el presente ilumina las sensaciones y le pone límites tangibles al miedo al futuro, sus amenazas construidas sin pausa por la imaginación. El sueño del niño, que una divinidad egoísta transforma en sangre, resurge en lo real de una transcripción renovada, inmediata. Pero, como toda resurrección, su mensaje se ha invertido: es una nena, no un bebé; y su promesa de vida absolutamente distinta, de otro ser, se envuelve en las irisaciones de la repetición o del parecido. La nena ata el presente a su voz, su balbuceo, y hace reír con alegría reflexiva, sin ingenuidad, a la olvidadiza narradora: “Cuando ella ríe yo río automáticamente. Cuando ella quiere algo me contagia su euforia. Y ahora que quiere jugar al fútbol... ¿me volveré futbolista?” Digamos que el fin de la novela, con el sueño proyectado en la pantalla de otra infancia, con una realidad risible, anula las aventuras de nuestra heroína, para que pensemos en su forma, su ritmo, o sea en su seducción. Dalia Rosetti escribe “con locura”, según dice entre la palabra “Fin” y la firma, como quien entiende el destino y lo casual de haber escrito dentro de una persecución de musas infantiles, trascendentales: la belleza y la felicidad. Por eso puede exclamar, en el último capítulo: “El presente es lo mejor que me podría pasar.” Porque lo que pasa siempre pertenece al presente, porque no existe otra literatura que la entregada a la fantasía de un presente.

Bibliografía

Rosetti, Dalia. 2006. *Me encantaría que gustes de mí*. Buenos Aires, Mansalva.

-----, 2009. *Dame pelota*. Buenos Aires, Mansalva.

CV

SILVIO MATTONI ES DOCTOR EN LETRAS POR LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA, DONDE ES PROFESOR ADJUNTO DE ESTÉTICA Y CRÍTICA LITERARIA. INVESTIGADOR ADJUNTO DEL CONICET. PUBLICÓ DOCE LIBROS DE POEMAS, Y LOS ENSAYOS *KORÉ* (2000), *LAS FORMAS DEL ENSAYO* (2003), *EL CUENCO DE PLATA* (2003) Y *EL PRESENTE* (2008). TRADUJO LIBROS DE BATAILLE, MICHAUX, AGAMBEN, DELEUZE, DURAS, BONNEFOY, VALÉRY, CATULO, ETC.